

cultura) y que a su vez constituye la subjetividad del sujeto, permitiéndole superar la tensión entre el deseo y la ley; la sociología presenta la socialización como el medio a través del cual, el sujeto logre ser un individuo social, que pueda incorporarse mediante un saber hacer, concretado en la apropiación de normas, roles y status, a instituciones sociales que le permiten desarrollarse<sup>2</sup>.

El niño cuando nace no llega a un mundo plano y blanco, sino a un espacio ondulado y matizado por prefiguraciones y nociones construidas social, espacial y temporalmente. El sujeto es pensado por sus padres antes de nacer y esto determinará en una gran porción su desarrollo posterior como mujer, como hombre y como sujeto social.

Lorite Mena recogiendo a J. Campbell plantea, que el ser humano dentro de todos los seres de la naturaleza es el que nace más

inmaduro y más incapaz de asumir las demandas que exige el mundo biológico, social y cultural de su especie; por tanto necesita de un apoyo extrauterino que le permita ir apropiando el mundo exterior, tanto en la materialidad, el sistema de usos, los comportamientos, normas, el lenguaje propios de su tiempo, raza, género y clase social; aspectos que le conferirán “un saber ser y un saber hacer” que potenciarán su desarrollo: “Nacemos en el momento preciso para la madre, pero demasiado pronto para nosotros, aparentemente somos humanos, pero realmente debemos aprender a serlo” (López: 1994, 1).

El individuo está abierto al aprendizaje, no existen muchas respuestas precodificadas ante estímulos (ibidem), por tanto lo que el medio le otorga, es aprendido, construido y reconstruido por él, en todo el proceso de socialización. Los conocimientos aprendidos, en su mayoría, no

<sup>2</sup>Este primer acercamiento al concepto de socialización se fundamenta en autores tales como: Ana Vázquez Bronfman e Isabel Martínez y Lorite Mena desde la antropología; Jean Piaget en psicología genética; Freud desde el Psicoanálisis; Durkheim, Agnes Heller, Berger y Luckman con una visión sociológica. (Ver referencias bibliográficas).

se adquieren a través de la experimentación directa, puesto que es un saber preexistente (Puyana y Barreto: 1993). La socialización por ser un proceso inacabado le permite al sujeto tener la posibilidad de transformarse a lo largo de su vida y de apropiarse lo que más se ajuste a sus necesidades subjetivas. Y si bien tiene un carácter conservador, en el sentido de que se reproducen valores, roles y representaciones sociales, nunca son definitivas, se pueden recrear.

Algunas reflexiones que se presentan desde la sociología estructural funcionalista y la psicología conductista, reducen las posibilidades de la socialización a una determinación del entorno, donde el individuo está supeditado exclusivamente a reproducir los patrones sociales, sin posibilidades de transformación individual y social. El estructural funcionalismo, por su parte, afirma que la socialización es un regulador que logra ajustar el accionar individual a la función que le corresponde cumplir, con el fin de mantener estable la estructura social. En este mismo sentido, el conductismo, señala que la socialización es el proceso de moldeamiento de conductas prosociales<sup>3</sup>. Estas concepciones, para fortuna de una posible autonomía individual y una proyección social transformadora (intenciones manifiestas del presente estudio), se han ido nutriendo de orientaciones que proponen opciones dinámicas y renovadoras, es así como encontramos el constructivismo dialéctico y el interaccionismo simbólico.

Continuando con el análisis, es posible advertir que la esencia de la socialización está en los procesos de externalización (que configuran el mundo simbólico), objetivación e internalización (en el que se construyen los

imaginarios), dinamizados en el contacto del individuo con su entorno (Puyana y Barreto: 1990). Por otra parte, es necesario tener en cuenta que el espacio donde se desarrolla la socialización “es la vida cotidiana” (Puyana y Barreto: 1996). “La maduración del Hombre significa en toda sociedad que el individuo se hace con todas las habilidades imprescindibles para la vida cotidiana y es adulto quien es capaz de vivir por sí mismo la cotidianidad”<sup>4</sup>.

Lo que adquiere el sujeto a través de la socialización, son las herramientas que le permiten moverse en la cotidianidad, generar alternativas y posibilidades de acción ante los hechos concretos cotidianos. La manera como se generan dichas alternativas y posibilidades en su accionar, también se fundan en este proceso, así por ejemplo: la apropiación de actitudes democráticas o autocráticas que induzcan a la toma de decisiones de forma concertada o arbitraria, tienen sus raíces en la socialización.

La vida cotidiana referida al ámbito privado (la familia) y público (la escuela, el barrio) delimita la socialización, categorizándola en socialización primaria y secundaria respectivamente<sup>5</sup>. A lo largo de los análisis que en torno a dicha categorización se han planteado, es posible afirmar de forma general que: “La socialización primaria es la primera por la que el niño atraviesa durante la niñez, por medio de ella se convierte en un miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad” (Berger y Luckman: 1968, 166).

<sup>3</sup>Estas consideraciones las desarrolla de forma clara y sucinta, Eduardo Aguirre, en su artículo “Las teorías sobre la socialización” (1998)

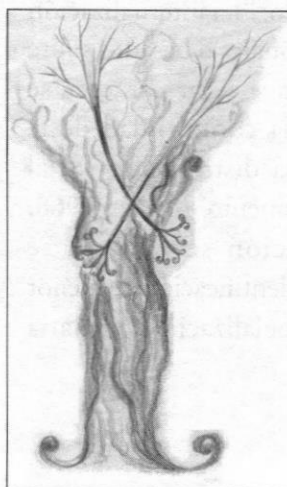
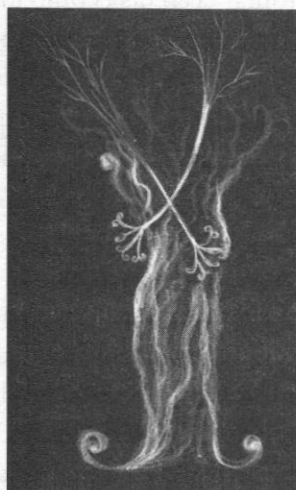
<sup>4</sup>HELLER, Agnes (1972). Citado en: Barreto y Puyana: 1996, 20-21.

<sup>5</sup>Esta categorización no advierte rigidez en su materialización práctica, tiene más bien una intención procedimental, en aras del entendimiento conceptual.

La socialización primaria se constituye a partir de las identificaciones que el sujeto tiene con el mundo inmediato que se le impone cuando nace, generalmente, es la familia y en ella la que cumple el rol socializante es la madre, o la institución o sujeto que realicen dicho papel en su lugar (jardines infantiles, orfanatos, madres comunitarias); este primer puente (la madre o el que haga su función) que pone en contacto al niño con el mundo, se presenta con toda la carga simbólica, construida históricamente en un espacio tiempo definidos, los primeros seres socializantes, socializan a partir del propio proceso de socialización que les antecede, obviamente con todas los matices que han elaborado desde su subjetividad individual<sup>6</sup>. La construcción de la identidad es, a la vez, la construcción del inconsciente, este se expresa a través de símbolos, en las actitudes, en las

conductas en los sentimientos y en general en las formas de interacción (Puyana y Barreto: 1990). Los procesos de identificación de la socialización primaria deben permitir en el niño el avance de su concepción de mundo particular a la prefiguración de un mundo general o social, que se logra mediante la aceptación de la norma: “El proceso de socialización primaria finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo” (ibidem).

Las identificaciones según el psicoanálisis se dan a partir del lenguaje: “En la medida en que el espacio lingüístico sustituye el espacio de lo visto y se constituye en espacio terminal de la representación, el lenguaje adquiere un espesor de realidad que reemplaza la presencia de las cosas” (Mena: 1982, 30). Tratando de interpretar a Estanislao Zuleta (1987), en su disertación sobre “El niño salvaje y la fase del espejo”, se puede afirmar que el niño se humaniza siempre y cuando sea hablado y deseado significativamente,



<sup>6</sup>Es por esto que existen cambios intergeneracionales en cuanto a los procesos de socialización. véase: Mesías, 1999.



sólo en la medida en que el niño sea sujeto del deseo del otro, se puede incorporar al mundo social. “Las vivencias reprimidas, los procesos de identificación de la infancia, permanecen en el inconsciente y se expresan durante el resto de la vida” (op. cit: 1990). Las identificaciones son atravesadas por una carga emocional o afectiva que permanece latente durante la vida del sujeto (Pizarro y Palma: 1997), pero que influyen decididamente en la apropiación de construcciones formales o normativas.

La experiencia emocional, positiva o negativa, de placer o displacer, decantada en los procesos de socialización primaria del individuo, serán el combustible de las interacciones sociales posteriores y sus posibles matices, como por ejemplo una autoestima y autonomía fuertes o débiles. No es el objetivo del análisis que aquí se presenta profundizar en la construcción psíquica de las identificaciones que provocan en el individuo actitudes democráticas o autoritarias, aunque sí justificar la influencia decidida de la socialización en la formación de ellas.

Berger y Luckman marcan la relevancia de la socialización primaria, puesto que este primer acercamiento con el mundo objetivo, determina la base sobre la cual se constituirá un proceso secundario de socialización. La socialización secundaria se define como: “La internalización de submundos institucionales o basados sobre instituciones. Su alcance y su carácter se determinan pues, por la complejidad de la división del trabajo y la distribución social concomitante del conocimiento” (op. cit. 1968, 174). En la socialización secundaria se reproducen procesos de identificación de menor intensidad que en la socialización primaria

(Puyana y Barreto: 1990). El lenguaje que se requiere para poder internalizar esos submundos institucionales es específico y determinado por los “roles” que se asumen en los diferentes grupos a los que se llega a pertenecer en el espacio público y privado.

En esta etapa y dependiendo de las formas de interacción simbólica en la convivencia social, donde los aspectos cognoscitivos, económicos, político, sociales y morales formales que se expresan como elementos manifiestos del mundo objetivado, pueden o no promover la construcción de una personalidad participativa<sup>7</sup>. Al respecto Vázquez y Martínez afirman: “La persona elabora esquemas de interpretación que no son nunca definitivos, pero que se confirman y se precisan como consecuencia de su confrontación con las respuestas de otros individuos” (1996, 46).

Sin pretender reducir la socialización secundaria al ámbito escolar, puesto que existen otras formas como los medios masivos de comunicación, la relaciones vecinales, entre otras, es posible, dado el interés de este ensayo, tomar la escuela como una de las instituciones que cumple aún su función como agente socializador (Parra Sandoval: 1996). Por ello, la responsabilidad social que recae sobre ésta, no es únicamente de distribución de conocimientos, valores y normas, sino la de potencializar todas las aptitudes y actitudes que el niño construye en su familia; además de tener en cuenta cómo dichas construcciones entran en contradicción o se acoplan con la carga personal y visión de mundo del maestro y de los compañeros de escuela, a la vez que con la misión, objetivos y normatividad que construye dicho establecimiento escolar.

<sup>7</sup>Por ello la importancia de tener en cuenta para estudios posteriores de niñez y democracia, aspectos como: descripción de las condiciones de vida, recreación, división sexual del trabajo, religión, pobreza, entorno participativo escolar, familiar y comunitario, modos de hacer política y violencia. Ver Mesías, 1999.

A partir de las reflexiones anteriormente expuestas, es posible determinar un concepto de socialización para el presente análisis y su justificación respecto del problema planteado inicialmente, acerca de la construcción de un proyecto democrático desde la socialización. Así pues se define como: el proceso mediante el cual, el individuo puede entrar a ser parte de un mundo prefigurado social y temporalmente, a través de una serie de identificaciones tempranas cargadas de emociones afectivas, placenteras, dolorosas o represivas, construidas por el lenguaje, que le permiten estructurar sus constitutivos simbólicos e imaginarios, y que a su vez determinan su accionar en un espacio, tiempo, género, clase social y etnia definidas. Pero, además, es a través de este proceso donde se definen las formas y características de interacción social y cultural en el medio que habita, a partir del despliegue de su subjetividad y objetivación normativa; de esta forma el sujeto puede asumir actitudes democráticas o autocráticas, autónomas o sumisas, solidarias u hostiles y de extroversión o timidez.

Es en este sentido que la socialización tiene un carácter decisivo en los procesos de desarrollo del individuo, entendiendo este último, como la exploración extendida de todas sus facultades como ser humano y la satisfacción de sus necesidades biológicas, psíquicas, sociales y culturales, sin discriminar estas categorías bajo ningún un orden valorativo. Dicho desarrollo individual, aunque vale aclarar que no de forma causal, afectará el entorno social de forma definitiva. Respecto a la importancia de la niñez y sus procesos socializadores, en la formación de actitudes autónomas y democráticas, Marta Maurás en el prólogo del libro *Niñez y democracia* afirma:

“La preocupación por ampliar y consolidar las organizaciones y prácticas democráticas en la sociedad latinoamericana, no debería reducirse a los aspectos puramente institucionales y legales y a las interacciones entre el desarrollo político y el económico(...) En ambos enfoques, la dimensión subjetiva del proceso de construcción de los sistemas democráticos, está conspicuamente ausente(...) Estamos en un tiempo de reconstrucción democrática y se necesita (aunque no se admita aún) de los niños para ampliar su base de sustentación ciudadana (...) Si entendemos a la democracia como valor absoluto y como proyecto siempre inacabado, entonces con mayor razón los niños tienen mucho que decir (...) Los niños desde los niños no desde los padres pueden transformar el mundo por tanto no sólo es posible decir “la democracia es buena para los niños, sino que los niños son imprescindibles para la democracia” (1996, 17-19)

Si tenemos en cuenta la apreciación de Berger y Luckman, en la que señalan la importancia de la socialización primaria frente a la constitución del sujeto y, la significación que le da Rodrigo Parra Sandoval<sup>8</sup> a la escuela como institución básica de socialización secundaria, es imprescindible hablar de la niñez y de sus agentes socializadores (padre, madre, maestros y maestras) en la consolidación de un proyecto democrático.

Este es el momento del análisis en el que se puede conectar democracia participativa e infancia. Si nos convencemos que el proceso de socialización es constante y decisivo, que las construcciones simbólicas e imaginarias del individuo se elaboran en dicho proceso, razón de más para pensar en los niños como los precidadanos que deben responder a los requerimientos simbólicos de una sociedad civil autónoma y capaz, es decir una sociedad civil fortalecida para la democracia participativa. La pretensión parece ambiciosa y utópica, pero es importante empezar a “soñar” con acciones concretas, para poder construir algo decisivo.

**hojas Universitarias.....**

<sup>8</sup>Es de aclarar que el análisis que Parra Sandoval hace sobre la escuela como agente de socialización secundaria, está orientado hacia la escuela campesina.

## Bibliografía

- AGUIRRE, Eduardo. "Teorías sobre la socialización". Universidad Nacional de Colombia. Psicología. 1998.
- BARRETO, Juanita y PUYANA, Yolanda. "Sentí que se me desprendía el alma: Análisis de los procesos y prácticas de socialización". Santafé de Bogotá, Indepaz. Programa de Género, Mujer y Desarrollo. Universidad Nacional de Colombia. 1996.
- BARRETO, Juanita y PUYANA, Yolanda. "Procesos de socialización de un grupo de mujeres de sectores populares urbanos de Bogotá". Informe de Investigación. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Bogotá. Abril de 1993.
- BERGER, P. y LUCKMAN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrourtu, 1968.
- ELKIN, Frederick. *El niño y la sociedad*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1964.
- FREUD, Sigmund. *Aportaciones para la vida sexual erótica*. Obras Completas. Ed. Biblioteca Nueva Madrid, 1967.
- GALEANO, Eduardo. *Mujeres*. Madrid. Alianza. 1995.
- HELLER, Agnes. *Historia y vida cotidiana*. Barcelona: Ed. Grijalbo, 1972.
- KURT LEWIN y Otros. *El niño y su ambiente*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1965.
- LOPEZ, Yolanda. "La Sexualidad como un mundo simbólico". Ponencia presentada en el 2° Taller sobre Estudios de Sexualidad, coordinado por la Unidad de Planeación Académica de la Universidad Nacional de Colombia. Agosto 1994.
- MENA L, José. *El animal paradójico, fundamentos de antropología filosófica*. Madrid: Alianza Ed., 1982.
- PARRA SANDOVAL, Rodrigo. *Escuela y modernidad en Colombia. La escuela rural*. Tomo 2. Bogotá. Fundación FES, Tercer Mundo Editores, 1996.
- PIAGET, Jean. *Estudios de psicología genética*. Buenos Aires: Emece, 1973.
- PIZARRO, Crisóstomo y PALMA, Eduardo (Editores). *Niñez y democracia*. UNICEF. Santafé de Bogotá. Ed. Ariel. Julio de 1997.
- VASQUEZ, Ana y MARTINEZ, Isabel. *La socialización en la escuela: una perspectiva etnográfica*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1996.
- ZULETA, Estanislao. "Teoría freudiana de la infancia: Los niños salvajes y la fase del espejo. Segunda Conferencia". Centro Psicoanalítico Sigmund Freud. Publicado en: *Boletín de Estudios Psicoanalíticos*. Cali: Vol. I, Febrero 1987.